

**A SORT OF DISAPPEAR**

**De la intuición y la belleza**

PUBLICADO EN

Varia Architectonica. Ed. Mairea. Madrid. 2016

## A SORT OF DISAPPEAR

De la intuición y la belleza

Titulé mi discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando con un BUSCAR DENODADAMENTE LA BELLEZA, y tracé sus líneas generales apoyado en la razón, con el escándalo de algunos que entendían, me decían, que la creación artística es más una cuestión de intuición. Como si la razón estuviera reñida con la intuición. Y yo no puedo más que estar de acuerdo con esa apostilla. Y querría con este a modo de respuesta completar y matizar mi parlamento de ingreso en la Academia.

En ese discurso escribí sobre el soplo de un viento suave, SIBILUS AURAE TENUIS, extraído del Libro de los Reyes para intentar expresar ese algo inefable que la belleza nos aporta por encima de la razón. Porque ese sibilus aurae tenuis no aparecía convocado por la razón ni por todas las razones del mundo. Aparecía como Yahvé en la Sagrada Escritura, cuando menos lo esperaba el profeta Elías, en un momento inefable. Y es que la belleza, por encima de ser el esplendor de la verdad, splendor veritatis, o el splendor ordinis o el splendor formae, es algo casi imposible de explicar pero fácil de sentir, inefable pero verdadero, como lo era aquel sibilus aurae tenuis.

### BLAKE

To see a world in a grain of sand/ and a heaven in a wild flower/ hold infinity in the palm of your hand/ and eternity in an hour. [Ver un mundo en un grano de arena, y un cielo en una flor salvaje, sostener el infinito en la palma de la mano y la eternidad en una hora].

Esta propuesta maravillosa que nos promete William Blake en su conocido poema sería imposible de alcanzar con la sola razón. Con sólo la razón no veríamos más que arena, tierra. Sólo cuando aplicamos nuestra intuición, nuestra imaginación, nuestra fantasía, sobre aquel grano de arena es cuando descubrimos allí el mundo entero, y en cada flor silvestre un paraíso, y somos capaces de vivir la eternidad en una hora y sostener en la palma de nuestra mano el infinito. Una vez más como bien nos enseña la poesía, la conjugación de razón e intuición es lo que hace posible alcanzar la tan deseada belleza.

Es tan evidente que la tan ansiada belleza es inalcanzable con la sola razón que cuando defiendo la razón, el pensamiento, como origen de la belleza en su génesis, alguien podría pensar que sólo a la razón fío el encuentro con la belleza. Nada más lejos de mi pensamiento. Por eso este poema de William Blake, que es el que todos los años recito a mis alumnos al comenzar el curso, me parece más que adecuado para reivindicar la necesidad de soñar para alcanzar esa belleza.

Defiendo la razón tan denostada por algunos, porque la razón está olvidada, y muy especialmente en los tiempos actuales, por muchos que se dicen creadores, y muy especialmente por los arquitectos, que para poner en pie sus caprichos usan como coartada el sentimiento o la intuición. Y porque está bien claro que el hecho creador se origina en las ideas que nacen del pensamiento. Así lo argumenté en mi parlamento.

Porque la razón genera las ideas que luego la intuición hará florecer, pero que nunca sostiene las ocurrencias ni los caprichos que aquellos supuestos creadores esgrimen.

Y así, si a un arquitecto se le ocurre un día que su nuevo edificio debe tener forma de ola, va y proyecta y construye un edificio como si de una ola se tratara. Cuando yo era estudiante bien que se nos tildaba, y con razón, de formalistas, si sólo nos guiábamos por la forma.

Todo ello viene a cuento de que aquella defensa que hice y hago de la razón como piedra angular de la creación, nunca significa que yo entienda que la creación pueda ser el resultado de la sola razón. ¿Cómo podría yo pensar que sólo con la razón se puede llegar a la belleza? Estaría loco.

### GOYA, CERVANTES, GOETHE

“La fantasía unida con la razón es madre de las artes y origen de las maravillas”, argumenté de la mano de Goya para matizar aquel “El sueño de la razón produce monstruos” del aguafuerte tantas veces ya citado y que yo transcribía en aquel discurso. ¿Cómo podría yo negar la fantasía, el sentimiento en el hecho creativo?

Y de la misma manera con Cervantes. Si en su precioso prólogo al Quijote nos dice que su libro “es hijo del entendimiento”, de la razón traducía yo, unas líneas más abajo nos declara:

El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y contento.

Como si la razón de hubiera esfumado y se le hubiera aparecido las musas de la mano de Fray Luis de León.

Y respecto a Goethe, en quien me apoyaba para defender la primacía de la razón, debo reconocer que elegí unas palabras suyas excesivamente parciales. Hoy traigo aquí unas consideraciones precisas de Fernando Saucedo, un buen filósofo mejicano, que reivindica el papel con el que el sentimiento interviene según Goethe en el acto creador:

El intelecto debía tener como contrapeso la intuición, decía Goethe, la fantasía, el sentimiento y la sensibilidad a riesgo de volverse destructor de la vida. Y sigue. ¿Qué enseñaba Goethe? A poner la totalidad del ser en todos los actos, sin dividir nunca el pensamiento del sentimiento. El sentir y el pensar brotan de la misma fuente, son caras de la misma función. Sentir la ciencia y pensar el arte es un buen camino para pensar la ciencia y sentir el arte.

Creo que este “sentir la ciencia y pensar el arte es un buen camino para pensar la ciencia y sentir el arte”, resume muy bien el verdadero espíritu de Goethe. Y el mío con él.

Bien apuntaba Juan Bordes en su preciosa contestación a mi discurso, que la belleza en grado sumo, la belleza sublime, es un paso de gigante que sólo se consigue con la intuición.

¿Cómo podría yo dudar de que la intuición no es ingrediente imprescindible en el hecho creativo?

¿Cómo podría yo ignorar el aspecto dionisiaco de la creación artística para sólo quedarme con lo apolíneo?

¿Cómo podría yo, volviendo a Vitrubio, dar solo cumplimiento a la utilitas y a la firmitas por encima del llegar a la venustas? Si escribí que la belleza como fin necesita de aquellas dos condiciones anteriores, no era más que para, como Vitrubio, intentar alcanzar ese final feliz de la venustas.

## LA SUSPENSIÓN DEL TIEMPO: A SORT OF DESAPPEAR

Querría traer aquí, para subrayar la defensa de lo indecible en la consecución de la belleza, unos ejemplos del cine que empleé hace tiempo para hablar de la suspensión del tiempo cuando la belleza aparece. Frente a la belleza nos sentimos anonadados, nos quedamos como sin armas, desarmados. Frente a la belleza nos parece que el tiempo se detiene.

American Beauty es una película que hace un novel Sam Mendes, y que es una pieza magistral. En el corazón de la película una escena inolvidable: Wes Benley y Thora Birch hablan de amor en la parte delantera del coche. Fuera una simple bolsa de plástico blanco traída y llevada por el aire. Y él le dice tales cosas que lloran ambos y nosotros con ellos, absortos ante la capacidad de poner en pie la belleza con tan poco. Allí desaparece el tiempo y nuestro corazón se deshace en cinco minutos infinitos.

Y todavía más intenso en Billy Eliot. Cuando casi al final de la película y tras parecer infructuoso aquel examen que le hacen al niño, la última pregunta de aquella miembro del tribunal que le pregunta “¿por qué danza?”. Y “¿qué siente cuando danza?”. Y la respuesta maravillosa del niño cuando tras declarar que siente “electricity” y que se siente como un pájaro, remata con ese “a sort of disappear” capaz de expresar en tan pocas palabras, “una especie de desaparecer”, la intensidad de la belleza. ¡Cómo pudo Stephen Daldry resumir con tanta precisión, con tan breve parlamento, algo tan abstracto como la suspensión del tiempo, algo tan concreto como el tocar la belleza en la creación artística!

## MENTIR LITERARIAMENTE NO ES MENTIR

Juan Bordes, que hizo un precioso discurso de contestación al mío, hizo una defensa encendida de la intuición frente a la sola razón, y argumentaba muy bien poniendo en valor la mentira como estrategia:

Igualmente no estoy de acuerdo con Campo Baeza cuando nos dice perseguir la verdad, apoyándose incluso en palabras de grandes genios. Tampoco entonces le creo, pues al ser él un gran creador ha de comprender que no existe mayor acto creativo que la mentira. Eso lo sabe bien el fabulador de historias y personajes que nunca han existido, pero que al lector le parecen más reales que la vida misma. Basta un buen narrador como Paul Sheerbart en su *Glasarchitektur* (1914) para edificar en nuestra mente la mentira de una catedral de cristal atravesada por la luz, y cuyas paredes prismáticas despliegan los colores del espectro. Sin embargo, sólo con un “no” que niegue su existencia, se derrumbará en nuestra cabeza el magnífico edificio que fue construyendo su descripción.

Es ayudándose de la mentira que Campo Baeza sabe engañar a nuestra percepción y hacer que un espacio con un número concreto de metros cuadrados lo sintamos como el doble.

Y si Juan Bordes me recomendaba esa estrategia del mentir, no puedo más que darle la razón de la mano de Cervantes que en ese prólogo citado, en boca del amigo que entró a deshora, recomienda ese mentir con las piadosas mentiras de las citas incontestables. Bien entendido, que el Quijote, como toda la literatura, es todo invención, todo imaginación, todo una mentira, ¡pero qué mentira!

Todavía recuerdo cuando para alabar a Cabrero y a Sota, dos maestros de la arquitectura española moderna, mentí y me inventé una visita de Mies Van der Rohe a Madrid donde, tras contemplar las obras de ambos arquitectos españoles, se deshacía en elogios sobre ellos. Y mis enemigos se deshicieron en diatribas contra mí. Pero, como toda la buena literatura, aquello que era más que creíble, resultó bien eficaz para poner en valor a aquellos maestros indiscutibles.

Quizás todo lo que estamos hablando se resuelva en la frase donde Plotino hablando de la belleza nos dice: “la belleza sensible es una participación en la belleza inteligible”.

O bien Stefan Zweig en aquel texto que ya citamos:

Cuanto más nos esforzamos por profundizar en los misterios del arte y del espíritu, tanto más los admiramos por su inconmensurabilidad. No tengo yo noticias de deleite y satisfacción más grandes que reconocer que también le es dado al hombre crear valores imperecederos, y que eternamente quedamos unidos al eterno mediante nuestro esfuerzo supremo en la tierra mediante el arte.

En definitiva, se trata de conectar con la trascendencia que el arte nos concede.

Y cuando cité a María Zambrano en su paradigmática definición de “la poesía como la palabra acordada con el número”, no añadí que ella nos habla sobre todo de “la razón poética como la razón que trata de penetrar en los ínfimos del alma para descubrir lo sagrado que se revela poéticamente” ¿Cómo podría María Zambrano, y yo con ella, olvidarse de la intuición, del corazón, de la sombra para poner en valor la luz?

## FINALE

Y para terminar Keats. El hermosísimo final de la Oda a una Urna Griega: “Beauty is truth, truth is beauty, that is all” que tantas veces he citado y con el que el texto de ingreso se coronaba, podría parecer a algunos excesivamente restrictivo, al unir de esa manera casi unívoca la belleza a la verdad. Debo reconocer que también aquí, la cita pecaba de parcial. Porque en la misma Oda a una Urna Griega, Keats nos habla con palabras que son de muy otra índole: “sonad pues, caramillos, pero no en el oído, sino más seductores, tocad para el espíritu, y más adelante aquí todo respira pasión sobrehumana que deja el corazón apenado y ahído, abrasando la frente y la lengua reseca”.

Esas referencias a los aspectos más pasionales del disfrute artístico son una clara manera del poeta de apostar también, como no podía ser menos, por el sentimiento y la intuición y la pasión.

## NB

Este es el texto que sirvió de base al Espacio de Reflexión en el pleno de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, que tuvo lugar la semana siguiente a mi discurso de ingreso del 30 de noviembre de 2014. Aquí expuse argumentos complementarios a los de aquel discurso. Si allí se subrayaba la razón como instrumento principal de todo creador, aquí se proponía la intuición como necesario complemento de aquella razón.